

EDITORIAL

Pobreza y dependencia

Mucho se ha escrito y dicho acerca de la pobreza, hay cientos de tratados sobre la misma, y aunque algunas opiniones sobre su origen son divergentes, todos coinciden con respecto al impacto que ella tiene sobre la población ya que su costo tanto humano como social es, sin duda, muy elevado.

La pobreza podría definirse como una situación por la cual una persona es incapaz de cubrir sus necesidades básicas, solo que, al referirse a la pobreza conviene especificar que ella no es en sí una entidad independiente y, por lo tanto, no puede ser tratada como tal, porque ella es el resultado de una conjunción de factores íntimamente ligados tales como la economía, la política y la educación. La pobreza tampoco tiene la cualidad de ser permanente ya que la interrelación de los factores que la determinan puede hacer que esta aumente, disminuya o desaparezca.

También existen diferentes grados de pobreza. Así, una persona o un núcleo familiar capaz de satisfacer mínimamente sus necesidades de base es considerada pobre o relativamente pobre; y existen también otras personas que no pueden satisfacer las más elementales de sus necesidades, en ese caso, se habla de pobreza extrema o de indigencia.

A pesar del impacto negativo que la pobreza conlleva, ella pareciera tener un aspecto utilitario que podría calificarse de malsano. Este aspecto, tiene una manifestación visible que se evidencia en la simbiosis que se establece entre el pobre y el gobernante y de la cual resulta una estrecha relación de mutua dependencia. Así, interesarse en la pobreza es una de las normas que rige al buen político, ya que todos esperan que así lo haga. El discurso anti pobreza se convierte en la esperanza que permite al individuo necesitado, soñar con tener acceso a una mejor calidad de vida en la cual sus necesidades básicas serán cubiertas. En contrapartida, la esperanza del pobre se traduce en votos o en apoyo popular que garantiza el éxito político.

Pero esta ecuación que por lo general da buenos resultados a corto plazo, tiene también un riesgo porque la esperanza del pobre es frágil y si los beneficios no terminan por verse, el descontento aumenta y el apoyo disminuye. Es por eso que el Estado hace lo posible para demostrar que le interesa mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos necesitados. Él asume un rol protector e involucra al ciudadano expresando que las riquezas nacionales deben ser compartidas. Aunque pocas veces ocurre, puede suceder que las acciones de los gobernantes se concreten y se adopten medidas que darán buenos resultados a largo plazo y que traerán un beneficio social disminuyendo así los impactos negativos de la pobreza. Otras veces las soluciones propuestas buscan solo mejorar temporalmente ciertos aspectos de la vida básica del necesitado, y al hacerlo se aumenta la condición de dependencia que el pobre tiene hacia el Estado, porque esta acción que es generalmente de carácter económico y que toma la forma de becas o subsidios, no procura a largo plazo oportunidades reales de una educación de calidad para los niños y adolescentes o un empleo estable y productivo para los adultos de la familia.

En esos casos, romper este círculo de dependencia no es por lo general una prioridad para los gobernantes debido a que los beneficios aparentes que ese sistema les proporciona, sirven a sus intereses. Pero buscarle una solución definitiva a la pobreza debería ser la meta de todos los gobernantes ya que si no lo hacen, las becas o subsidios que el Estado procura al necesitado sin que este tenga obligaciones o haga esfuerzos para merecerlos, aumentan, por una parte, su condición de dependencia alejándolo así la posibilidad de encontrar una solución durable y reafirmando en su condición de pobre. Al aceptar ese rol, el ciudadano necesitado pierde la oportunidad de solventar su situación. Por otra parte, al incrementar sus gastos bajo la forma de becas o subsidios sin aumentar las ganancias que le proporcionaría esa fuerza productora que se pierde, el Estado colapsa asumiendo un alto costo económico y social que retarda considerablemente su desarrollo e hipoteca el futuro de todos los ciudadanos.

No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que el aumento de la pobreza y la aceptación de la cualidad de pobre por el individuo, traen consigo un cúmulo de problemas de toda índole que terminan por debilitar la sociedad además de incrementar innecesariamente el gasto del Estado. En efecto, la lucha por la supervivencia hace que la persona concentre sus energías en la búsqueda de alimentos y vivienda dejando a un lado otros aspectos fundamentales como son la educación y la salud y que, de lograrlos, le permitirían contribuir al desarrollo del país dejando de ser una carga social.

No hay muchas maneras de romper el círculo de la pobreza, pero una de ellas y quizás la más acertada, consiste en darles oportunidades de educación a los niños y adolescentes, y empleo estable para los adultos. Así se logrará crear una sociedad fuerte y productiva para consolidar el Estado y hacer avanzar el país hacia un desarrollo durable y verdadero.

Leylan Arellano Gámez

Editora jefe